





**monobloc**

de Martinelli, Leandro (compilador)  
Monobloc, la silla más odiada  
1º edición Firpo Casa Editora | 2023  
**Colección Modular**  
72 p; 11x18 cm  
Firpo Casa Editora  
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Zuckerman. Thiels. Eickoff. Kullmann

# monobloc

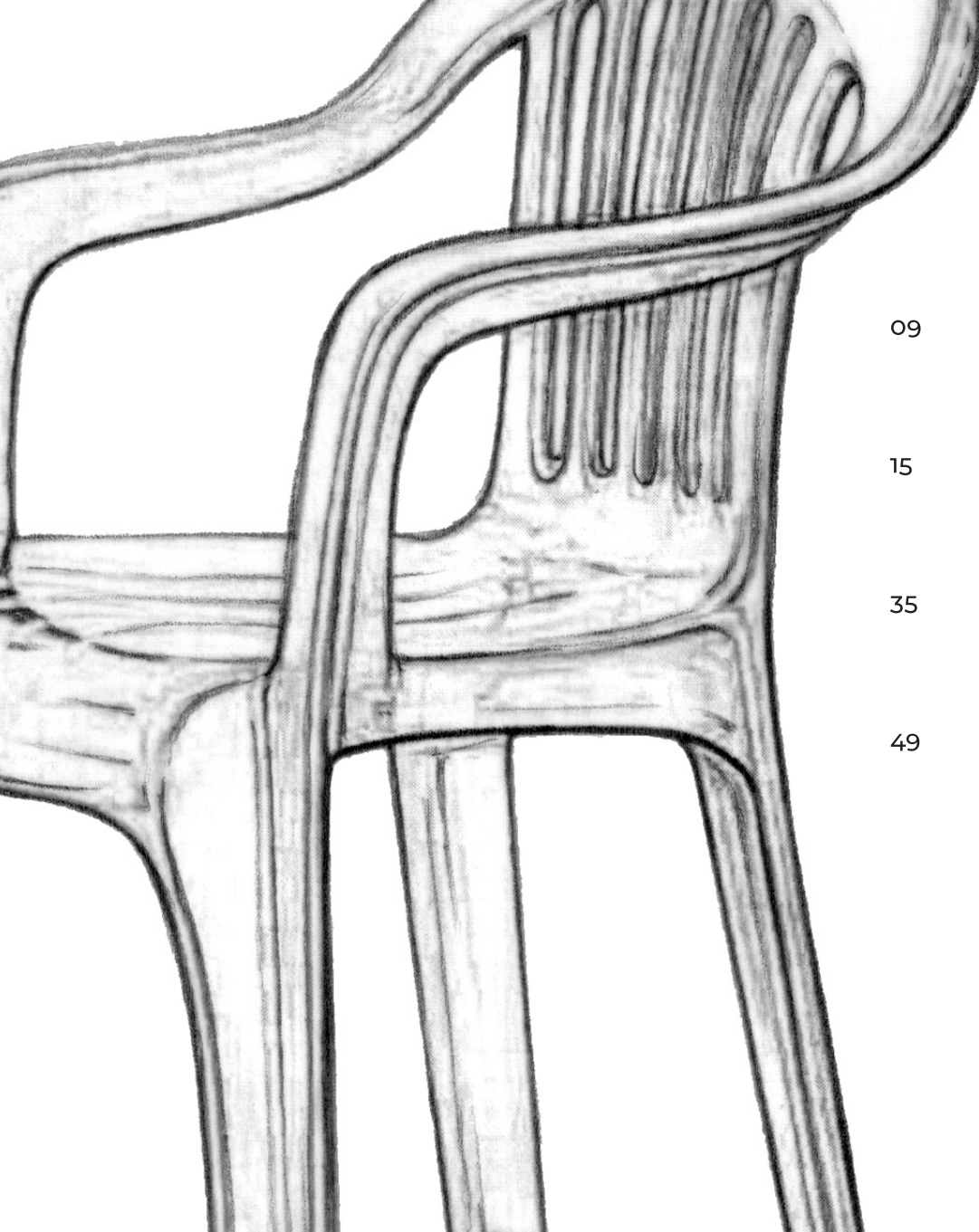
la silla más odiada

Luis Kimil Valle | ilustraciones



📷 @firpocasaeditora

✉ firpocasaeditora@gmail.com



- 09 **Ethan Zuckerman** / el virus monobloc:  
a modo de introducción
- 15 **Jens Thiel** / monobloc: la silla global
- 35 **Hajo Eickoff** / estar sentado en sillas  
como un modo de incomunicación
- 49 **Carsten Kullman** / la silla monobloc:  
democratizar la práctica de sentarse

## **El virus monobloc: a modo de introducción**

Por Ethan Zuckerman\*

\* profesor asociado de políticas  
públicas, comunicación e información  
en la Universidad de Massachusetts

Traducción de Leandro de Martinelli

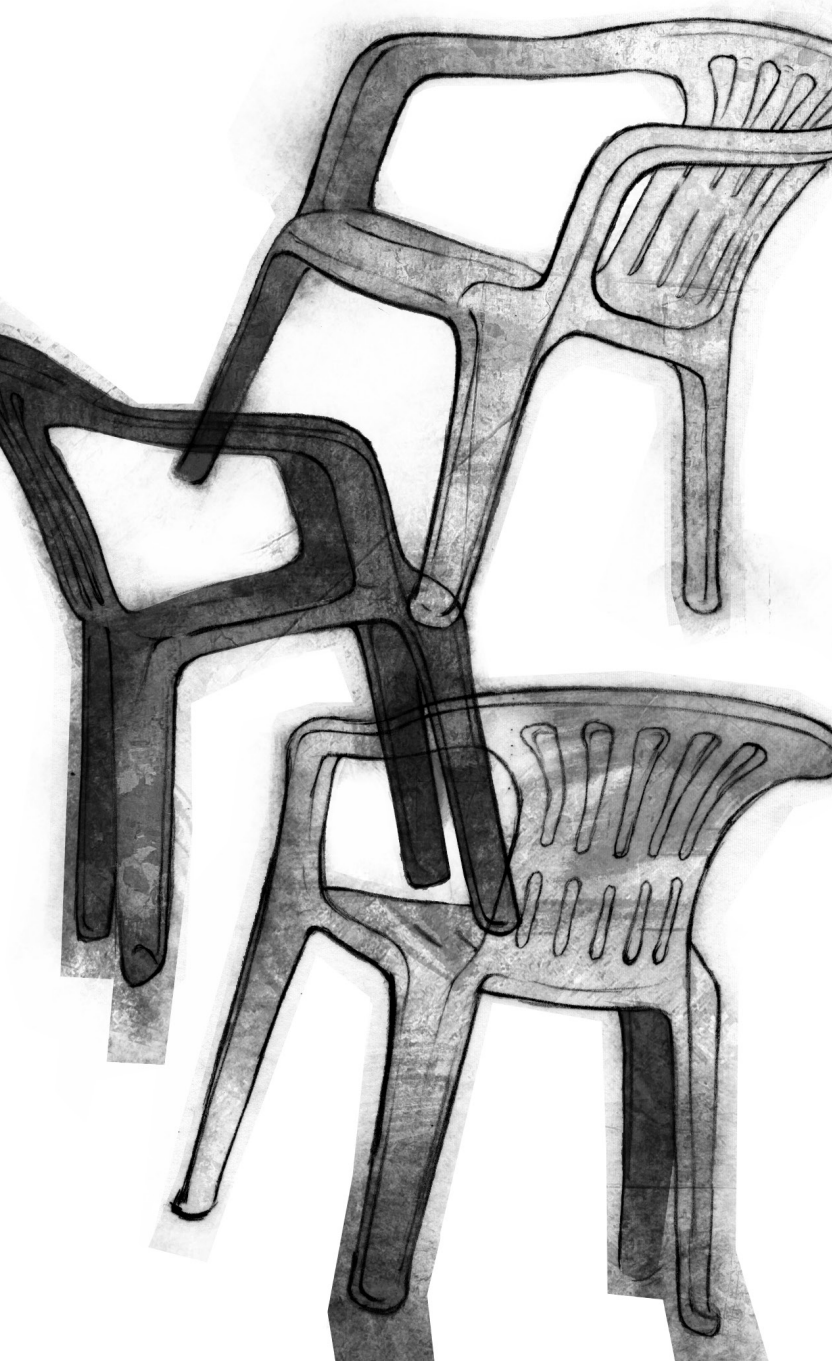
En principio debo decir que me resulta indiferente si la silla monobloc es un objeto de belleza o un blanco de burla, pero me siento obligado a señalar que un diseño tan —pero tan— exitoso es la prueba irrefutable del valor de esta silla en la historia y la evolución del diseño. Lo que en verdad me intriga es la idea de que la monobloc es una silla libre de contexto. Es decir, casi todos los objetos de este mundo sugieren un tiempo y un espacio. La silla monobloc es uno de los pocos objetos libre de cualquier contexto específico. Ver una silla blanca de plástico en una foto no proporciona ninguna pista sobre tiempo o lugar. Me cuesta trabajo pensar en otros objetos que sean igualmente libres de contexto. Cuando le pido a mis amigos que propongan

un objeto similar, la mayoría sugiere una lata de Coca Cola, pero les puedo asegurar que la Coca Cola se presenta de maneras muy distintas en los diferentes países; en botellas de vidrio o en latas, con etiquetas en los idiomas locales. La monobloc no ofrece ninguna pista lingüística, ninguna señal obvia de localía. Donde sea que esté, está en casa.

Así, la monobloc no es tanto una mirada al futuro, donde sospechamos que las megacorporaciones van a volver borrosas las diferencias entre Albania y Afganistán. Incluso McDonald's, avatar de la homogeneización global, hace fuertes inversiones para dar sensación de localía. Si no lo hiciera, sería muy difícil vender hamburguesas de carne en la India, que es mayoritariamente hindú. Falta mucho tiempo para que el *Mc Chicken Tikka* (un excelente sándwich, por cierto) sea tan ubicuo que por su envoltura uno no se pueda dar cuenta si está en un Mc Donald's indio o en uno japonés.

Por eso, la silla monobloc es un recordatorio de que el mundo sigue lleno de cosas locales, regionales, únicas, particulares. La globalización puede ser un movimiento de homogeneización pero la mayoría de los objetos todavía ofrecen cierto contexto. No obstante, los pocos objetos que desafían la regionalización

merecen ser tratados de forma especial por lograr tal nivel de perfección en diseño que no requiere adaptación alguna para ser exitosos tanto en un pueblo de Kenia como en un suburbio de los EE.UU.



# **Monobloc** la silla global

Por Jens Thiel

Traducción de Guillermina Romero

**Jens Thiel** (Leipzig, Alemania, 1975) Es empresario. Estudió economía y finanzas en Justus-Liebig-Universität Giessen. Es un reconocido especialista de la silla monobloc.

Durante la segunda guerra mundial, un piloto de la fuerza aérea japonesa se estrelló en la isla de Borneo, Indonesia, y resultó herido de gravedad. Los residentes de un pueblo cercano le salvaron la vida. 60 años después, en memoria de su amabilidad, el ex piloto, hoy profesor emérito, donó un millón de yenes (unos buenos 9.000 euros) al pueblo. Los lugareños fueron de compras: dos generadores diesel, tiendas de campaña, pesticida y mil sillas de plástico blancas.

El 1 de abril de 1991, Detlev Rohwedder, el hombre responsable de privatizar la economía de Alemania Oriental y, por lo tanto, uno de los líderes económicos más importantes de la época, fue asesinado

a tiros en el dormitorio de su casa de Düsseldorf por un miembro de la Fracción del Ejército Rojo. Se trata de uno de los últimos asesinatos políticos de la RAF en Alemania, y dejó una lista de pruebas sorprendentemente corta: tres casquillos de bala vacíos, binoculares, una toalla azul y una silla de plástico.

En abril de 2004, extremistas islámicos secuestraron en Irak al empresario estadounidense Nicholas Berg. Tras tenerlo de rehén durante cuatro semanas, lo decapitaron. El video que documenta el crimen muestra a la víctima con la barba crecida, vestida de overol naranja y sentada en una silla. Poco después de que las imágenes circularan en Internet, empezaron las discusiones en foros y *weblogs* sobre la posibilidad de que la CIA fuera responsable del asesinato de Berg. La evidencia principal de esta supuesta conspiración incluye la silla de plástico blanca en la que Berg se sentó por última vez. La misma silla, afirman algunos, es reconocible en instantáneas tomadas en la prisión de Abu Ghraib. Unos meses después, cuando arrestaron a Saddam Hussein, el mundo se olvidó de Berg. Por eso, el hecho de que Saddam también tuviera una silla blanca de plástico en su escondite no condujo a ninguna revisión de los debates conspirativos.

En Australia, por otro lado, un grupo de hippies envejecidos llevaron ciento veinte sillas a un claro en un bosque y las ubicaron de tal manera que formara un símbolo de paz de unos treinta metros de diámetro. El contorno solo se puede deducir cuando se mira desde los árboles circundantes.

La silla de plástico es sin dudas el mueble más exitoso producido por la cultura occidental. En general es color blanco: blanco ordinario, blanco habitual, blanco convencional. Tanto en Boston como en Bangkok, estas sillas aparecen en balcones privados y veredas de cafés. En Cuba, uno de los pocos lugares que uno podría suponer libre de estas sillas, se alinean en filas interminables para los mitines políticos. En Nigeria construyeron una iglesia prefabricada con capacidad para diez mil fieles ubicados en sillas de plástico blancas. El Museo de Arte Metropolitano de Manila permite a una buena docena de visitantes sentarse a contemplar el destino de los gladiadores en la pintura de gran formato "Spoliarium" de Juan Luna. Los asientos son sillas monobloc. En muchos países africanos estas sillas son elementos importantes para un funeral exitoso. Los barcos turísticos que navegan Berlín a través del río Sprea tienen las cubiertas superiores equipadas con cientos de estas sillas. También están

presentes en estados rebeldes, donde ni siquiera hay una franquicia local de Coca Cola. A la fecha, el número de sillas de plástico blanco puede haber superado al de la población mundial. Es decir, hay más sillas de plástico blanco que culos para sentar en ellas. Nuestros recuerdos de un mundo sin ellas son vagos o incluso inexistentes; se vienen propagando de manera epidémica desde la década de 1970. El fotógrafo Gustav Schenk se queja: "Las sillas que fueron retiradas de los catálogos de venta en Alemania por ser de mal gusto siguieron existiendo y ahora Alemania las importa".

El incómodo nombre de "monobloc(k)" (con ligeras variaciones ortográficas en inglés, al igual que en francés, alemán o turco) se debe al simple hecho de que los muebles se fabrican a partir de una sola pieza de plástico en un solo paso de trabajo. Aun así, no deja de sorprendernos encontrarla en casi todo el mundo. Sus extraordinarias características explican fácilmente su éxito: es ligera, estable y apilable, por lo que ahorra espacio; es lavable y resistente a la intemperie, casi imposible de destruir, y además puede ser muy cómoda. Sin embargo, lo decisivo para su triunfo mundial es su costo. La mera idea de que uno pueda comprar una silla por

el precio de una porción de pizza habría sido una promesa inconcebible para generaciones anteriores.

La monobloc, con todas estas cualidades, es por lejos el mejor mueble de toda la creación humana y, al mismo tiempo, el mueble más odiado.

El color blanco tan popular de la monobloc invita a utilizarla como pantalla para proyectar las propias interpretaciones del mundo. Esas interpretaciones pueden tomar muchas direcciones, dependiendo de las nociones preconcebidas de cada uno.

Uno puede fácilmente ubicar a la silla de plástico en la mesa chica de los objetos culturalmente juzgados para fundamentar todos los temores frente a la idea pesimista de un declive cultural general. De esta manera, la monobloc se sitúa incómodamente junto al televisor y el automóvil. La débil alianza entre los biempensantes del mundo —a quienes también debemos agradecerles por un gran número de otras visiones equivocadas— tiene poco respeto por esta silla de jardín. En primer lugar, y sobre todo, porque está hecha de plástico. Por lo tanto, es intrínsecamente mala y debería ser reemplazada a toda velocidad por algo que crezca naturalmente. No se tiene en cuenta el hecho de que

una silla de madera contemporánea que salga hoy de fábrica rara vez durará 10 años, y una monobloc podría superar ampliamente esa duración. Incluso el hecho de que es reciclable parece ignorarse de manera deliberada.

Hoy, cuando pronunciamos la frase de Roland Barthes "la moda del plástico es la prueba del desarrollo de un mito de la imitación" (de su ensayo "El plástico", publicado en 1957 en *Mitologías*) nos vemos obligados a imaginar productos poco convincentes como una calculadora de escritorio equipada con botones de madera o una aspiradora hecha completamente de metal. Otra asociación popular evocadora de la monobloc es la de la llamada "sociedad del usar y tirar". Sin embargo, al igual que los muebles, nadie compra una monobloc para usarla una sola vez. Aunque el precio de compra es bajo, no se desechan simplemente porque el esfuerzo necesario para adquirir otros nuevos sea mayor que el de guardarlos hasta su próximo uso. De forma bastante singular, parece que la silla de plástico ha desarrollado su propia estrategia contra las modas volubles y la obsolescencia técnica. A pesar de que cada año han aparecido en el mercado numerosos modelos nuevos, los antiguos nunca han sido sustituidos. La monobloc,

una vez adquirida, no será sustituida por otra de mejor tecnología o estilo diferente. La vida útil de la silla es esencialmente la misma que la del propio material. Encontrar un objeto de características similares incluso en un hogar medianamente adinerado requeriría mucho tiempo y esfuerzo. Uno acaba teniendo poco más que un paquete con una copia de instrucciones y un destornillador en la mano.

Considerando su presencia mundial y por su indudable producción industrial, la monobloc parece también una adecuada representante de una mayor desconfianza en el orden económico y social del mundo: la silla como instrumento de recolonización. Muchos de los que se han sentado en estas sillas en algún polvoriento café del tercer mundo habrán llegado a este pensamiento. Esto no hace que el pensamiento sea más potente, ya que veremos que la monobloc forma menos parte del carrusel del comercio internacional que otros productos. Sería extremadamente improbable que la silla en la que te sentaste recientemente en Tanzania proceda de Europa o Norteamérica, o incluso de una filial local de empresas con sede en estos continentes, aunque el modelo sea idéntico a aquellos en los que te sentaste antes. Y si cultivaste esta sospecha, entonces ya es hora de considerar qué bienes

—además de cestas y juguetes de madera tosca— se producen presumiblemente en estas regiones más pobres del mundo.

Por otra parte, si tus objeciones derivan más bien de la suposición de que Occidente impone sus creencias culturales a los países del tercer mundo, se me vienen a la mente otras preguntas: ¿esa gente debería sentarse en muebles ornamentados, tallados a mano por ellos mismo después de largas horas de trabajo en las fábricas o en el campo? ¿O quizás nos gustaría verlos sentados en troncos solo porque amamos verlos con el culo sobre bloques toscamente tallados porque cuando viajamos disfrutamos mucho del color local de las culturas indígenas? ¿Realmente nos interesa negarle a los pueblos del tercer mundo el derecho a comprar un producto barato y fiable según los mismos criterios que nos reservamos para nosotros mismos?

Incluso sin la necesidad de hacerle un canto de alabanza a la globalización cultural o económica, reconocemos fácilmente que estas objeciones a la monobloc no son más que nuestros propios y evidentes prejuicios poscoloniales. En pocas palabras, casi todos los alegatos populares presentados contra la monobloc resultan débiles y poco razonables.

La paradoja de la monobloc es que se trata de un mueble global que, sin embargo, se fabrica de manera local. Debido a su estructura de costos, los fabricantes de los países occidentales están protegidos de una competencia mundial a la que, además, le temen. El factor de costo más importante es, de lejos, el polipropileno, que se comercializa en los mercados internacionales a precios en general uniformes. El uso de mano de obra se redujo al mínimo en un proceso completamente automatizado, y el precio (de unos 100.000 dólares) por un equipo adecuado de moldeo por inyección varía muy poco en todo el mundo.

El polipropileno granulado se introduce automáticamente en el barril horizontal de la máquina. Los gránulos de plástico se mezclan con talco y cal para conferir al material una mayor rigidez y un tacto superficial más agradable. En el barril, este compuesto se calienta a unos 220°C y se funde en una masa homogénea y viscosa. Mediante sus movimientos de rotación, un tornillo del interior del barril presiona el material en un molde de acero de construcción compleja que compone la forma negativa de la silla. Las fuerzas necesarias para mantener el molde cerrado durante el proceso son enormes. Para evitar que el material se salga

del molde se necesita una fuerza de sujeción de no menos de 1.000 toneladas. Si el mecanismo de sujeción hidráulico estuviera en posición vertical en lugar de horizontal, podría soportar el peso de mil coches pequeños. Las piezas del molde de una tonelada de peso solo admiten un error milésimas de milímetro.

Cuando los afilados bordes interiores del superpreciso bloque de acero se desgastan después de aproximadamente un millón de inyecciones y el material empieza a hincharse durante el proceso, el molde se vende a las regiones más pobres a una fracción del precio inicial. Además, se fabrican millones de sillas en países donde los consumidores consideran aceptables los pellejos de plástico de los bordes. Una monobloc idéntica a nuestra última adquisición pronto estará poblando Ghana o Rusia.

La pieza se enfría dentro del molde hasta que se endurece y, en general, la retira un brazo robótico y la apila con las otras sillas terminadas. El ciclo completo no dura más de 60 segundos. En un turno de ocho horas pueden completarse unas 500 sillas y, en caso de producción ininterrumpida, con una sola máquina podrían fabricarse más de medio millón de piezas al año.

Con una tecnología así, las ventajas del costo de mano de obra no pueden compensar los gastos derivados del transporte a largas distancias. Un container de 15 metros aloja alrededor de 2.500 monoblocs apiladas en palets. Enviarlo de Shanghai a la costa del Pacífico estadounidense o a Rotterdam incrementaría el precio de la silla aproximadamente un dólar o un euro. Teniendo en cuenta que el precio al por mayor de una monobloc es de unos cinco dólares, los fabricantes occidentales no tienen por qué asustarse de los competidores asiáticos.

Sin embargo, los márgenes de beneficio se redujeron considerablemente. Cuando la monobloc inició su conquista mundial a principios de los ochenta costaba unos 50 dólares, ahora suele venderse a una décima parte de ese precio. Mientras que en los años ochenta dominaban los diseños sencillos, como la clásica silla rectangular, ahora la monobloc se presenta con formas más extravagantes. El complejo diseño de una silla moldeada por inyección sigue siendo más del dominio de los ingenieros que de los diseñadores. El diseño tiene que obedecer a las limitaciones técnicas: las propiedades del material plástico en bruto, sus trayectorias de flujo en el molde, la velocidad y la presión de la inyección son aspectos críticos del proceso. Por eso, es

habitual que sean los ingenieros y los vendedores de las fábricas de muebles de plástico quienes se dediquen a concebir nuevos modelos. Con la monobloc, el diseño se toma vacaciones, aliviando así por un momento el estrés del "mirame-estoy-diseñado" ejercido por todos esos productos de las grandes tiendas de indumentaria y de las pequeñas tiendas de los museos.

Por supuesto, esta estrategia no tardó en mostrar sus defectos. Para que la silla pareciera más cómoda, se elevó el respaldo, aunque las sillas de respaldo bajo no sean menos cómodas además de ser más agradables a la vista. Este material adicional tuvo que economizarse en otras partes para satisfacer el deseo de precios cada vez más bajos expresado tanto por los compradores como por los consumidores. Una silla de plástico sólida y estable demanda no menos de dos kilos y medio de polipropileno, sin embargo ahora se fabrican monoblocs que apenas pesan dos kilos. Se puede ahorrar reduciendo la calidad y el grosor del material o ampliando la superficie de la pieza. La silla se ha visto muy perjudicada por estas estrategias, ya que resultan no solo en formas incómodas, sino también en un tipo de elasticidad que la hace más frágil. Sentado en una de estas sillas, uno tiene el

temor constante de que la pieza se haya deformado tanto que esté a punto de romperse.

Pero incluso los caminos equivocados serán muy transitados siempre que conduzcan al reino de lo barato. Hace años observé a los clientes de una tienda de artículos para el hogar en el proceso de selección de sillas monobloc: pasaban entre las distintas agrupaciones, discutían brevemente las opciones y pronto se decidían por las más baratas. Casi nadie las probaba. Si lo hubieran hecho, las diferencias de comodidad y estabilidad entre los distintos modelos les habrían resultado evidentes. Además, el aspecto y la conducta de los compradores no daban la impresión de que el diseño tuviera relevancia alguna al momento de decidir la compra. Cuando volví a visitar la tienda el verano pasado, las monobloc ya no estaban y habían sido reemplazadas por muebles tropicales de madera dura, seguramente procedentes de la tala ilegal.

De hecho, la monobloc está en peligro y necesita urgentemente nuestra atención. Las cifras de ventas en Europa y Norteamérica llevan años descendiendo. Apenas si se introducen nuevos modelos. Los clientes optan cada vez más por la madera, cuyo origen difícilmente pueda rastrearse, o por

sillas que combinan patas de aluminio y carcasas de plástico con forma de pez.

En los últimos años, los municipios de todo el mundo han procedido con determinación contra la monobloc. Desde 2003, la capital suiza de Berna gobierna sin ambigüedades: "No están permitidos los muebles totalmente de plástico sin revestimiento textil". Tampoco es muy diferente la situación en Copenhague, Manchester, Helsinki, la capital eslovaca Bratislava o en el centro californiano de alta tecnología Mountain View.

La repugnancia que suscita la monobloc ha contribuido a crear alianzas estrafularias. Por un lado la élite urbana se esfuerza desesperadamente por subirse a las incómodas copias de diseños de la Bauhaus. Por otro, los clientes de Wal-Mart enloquecen de desprecio por los muebles sin acolchar. No obstante ambas falanges logran unir sus fuerzas rápidamente a la hora de firmar pactos contra la monobloc.

Hemos llegado a un momento en el que la pragmática silla de plástico del primer mundo necesita urgentemente nuestra ayuda para sobrevivir. Es una silla funcional y económicamente superior a cualquier otro asiento. Se ha convertido en la silla

esencial del mundo, el único mueble que todas las personas tienen en común de un modo u otro. La monobloc es el orgullo de la eficacia de nuestra sociedad industrial que ha hecho la vida fácil y libre de peligros. Como producto anónimo, se ha impuesto durante mucho tiempo en una economía en la que casi todas las mercancías están sujetas al marketing, muy alejadas de los beneficios reales del producto. Hasta podría decirse que el color blanco de las monobloc es más sincero que el blanco de los primeros modelos de iPod. Con todos estos logros, la silla debería haberse ganado nuestros corazones.

En lugar de despreciar la monobloc ante los propietarios de chiringuitos y casas rodantes, deberíamos acogerla en nuestros hogares. Combinada con una mesa amplia de, por ejemplo, el primer modernismo escandinavo, esta disposición dará a nuestros exuberantes departamentos un aire de inesperada desenvoltura. Además, la silla no debería quedar excluida de las fotos que hacemos cuando viajamos. Encontrarla en lugares remotos no es una condena de la globalización, sino más bien el testimonio de la realidad, la misma realidad que nos brinda el privilegio de viajar a esos lugares. Rechazar la monobloc no es prueba de un juicio superior, sino de vulgar negación de la realidad.

La silla de plástico se ha vuelto inmune al gusto, lo que la hace aún más fácil de usar para expresar un estilo propio. Simplemente elegir una silla en particular es suficiente para ennoblecernos. Otra estrategia sería modificar la silla de plástico, como lo hizo el estudio de diseño sueco Front para el interior del centro de arte Tensta Konsthall en Estocolmo en 2003. Al revestir las monoblocs blancas con cuero negro, Front logró un resultado impresionante: recontextualizar la silla. Mientras que la monobloc original es lo que Jean Baudrillard llamó "una serie", con un esfuerzo razonable se puede crear "un modelo" con una calidad superior que cuestione de manera contundente nuestros prejuicios. Desde la

redefinición seminal de Front, más de cien diseñadores y artistas han recuperado la monobloc e introdujeron el artefacto en nuevos contextos.

Podemos unirnos fácilmente a estas revoluciones, o en su lugar, tranquilamente recostarnos en nuestra silla de plástico en el patio, dándole un descanso a todos estos esfuerzos intelectuales, y alegrarnos por cosas que simplemente están ahí, que son claras y simples y funcionan.

Rediseño de sillas monobloc por el estudio Front





# **Estar sentado en sillas como un modo de incomunicación**

Por Hajo Eickhoff

Traducción de Breno Onetto M.

**Hajo Eickhoff** (Husum, Alemania, 1946). Es historiador del arte, filósofo y curador. Entre sus publicaciones se cuentan: *Himmelsthron und Schaukelstuhl. Die Geschichte des Sitzens (Trono celeste y hamaca. La historia del sentarse)* de 1993; *Sitzen. Eine Betrachtung der bestuhlten Gesellschaft (El estar sentado. Consideraciones a una sociedad ensillada)* de 1997, entre otros, además de un sin número de textos referidos a la historia de la cultura, el arte y la literatura.

Las sociedades modernas son sociedades sedentarias. En ellas, el estar sentado en sillas es una cotidianeidad, banal y habitual. Y sin embargo, la imagen que entrega un sedentario es más bien extraña y bizarra. Si el estar erguido y el caminar es la característica del hombre en el reino animal, su particularidad cultural es el estar sentado en sillas. El hombre moderno es *homo sedens*. Pero ¿de dónde proviene la silla? ¿Qué significa estar sentado? El origen de occidente es ese devenir sedentario. Los cazadores y recolectores se paseaban alrededor y se alimentaban de cereales, frutas y animales. Fue luego que sucedió lo asombroso. Se decidieron a quedarse en un lugar. Comenzaron a erigir casas y a construir poder mediante la posesión de

un territorio a través de la propiedad. Con la casa el hombre recorta un trozo de espacio del orbe y se protege frente al cosmos. Aquí encontramos una primera incomunicación: un recortarse del hombre de la totalidad del ser. Lo que no aconteció sin vergüenza, pues el hombre notó un repentino silencio del universo y concibió su acto como un delito frente a los dioses. Para compensación de esta casi insoportable incomunicación la comunidad eligió a un individuo de su medio para instalarlo violentamente en un mueble a la altura de la rodilla. La persona devino rey y el objeto se denominó trono y el entronizado fue forzado a quedarse inmóvil y con la espalda derecha sobre el trono. Para gastar su energía solo le quedó una posibilidad: orientarse hacia adentro y configurarse un paisaje interno espiritual, que él pudiese recorrer espiritual y emocionalmente. La comunidad forzó al rey a una cultura interior (a cultivarse interiormente); hizo de él un mediador cultural que debía restablecer el contacto perdido con el cosmos. Como representante de la comunidad, el rey se comunicaba con las potencias del ser, y esta comunicación de una comunidad con el cosmos ocurrió, para occidente, en los tronos, y teniendo como base un cuerpo limitado y doblado, pero con una conciencia ampliada. El rey era el señuelo. Su cuerpo sentado en el trono

debía ser visto como un sacrificio en el que los miembros individuales de la comunidad se descargaban. El rey empero era también la ley —la disposición— y fue investido de gran poder. En la antigüedad y en el medioevo las sillas no jugaban ningún rol en lo cotidiano. Recién en el marco del cristianismo el entronizar devino paulatinamente un estar sentado y a partir del trono se desarrolló la silla o el simple asiento en un proceso que duró 1200 años. Es un proceso de expansión que pasa desde el rey y el emperador por encima de los papas, sacerdotes y monjes hasta las capas superiores de la burguesía. En el siglo XI los monjes desarrollaron la sillería de coro, a través de la cual con la ayuda de un asiento plegable podían ellos tenerse en pie, inclinarse y estar sentados en un lugar muy estrecho. Ya lo venían desarrollando desde el siglo X, a partir de las indicaciones de Benedicto de Nursia. La sillería sometió a los monjes a una postura ritual muy rigurosa. En la sillería del coro resalta claramente la incomunicación; la sillería aísla a los monjes los unos de los otros y somete sus cuerpos a una formación radical de ascesis y espiritualismo. Con Bernardo de Clerveaux entraban los monjes con dieciocho años al monasterio y volvían a salir por las puertas del cielo con 28. "Si los apura la devoción", les decía él a los novicios, ante

la entrada del monasterio, "dejen sus cuerpos afuera". En la sillería del coro y sobre el trono, devienen los cuerpos incomunicados, para que las fuerzas espirituales e intelectuales tomen la palabra. Simultáneamente los cuerpos aspiran a una modificación de la postura erguida. A partir de la demanda de los ya devenidos poderosos gremios de colocar a sus representantes en asientos idénticos a las sillerías del coro en la iglesia, es que se desarrollaron las primeras sillas comunes —las sillas profanas— que transformaron a los representantes en presidentes. El estar sentado en el mundo cotidiano fue una invención de la Europa moderna. Con la Reforma Protestante, el estar sentado en sillas experimentó una enorme difusión. La burguesía que en esos tiempo alcanzó un importante influjo político, se buscó como representación sillas para sus habitaciones. Simultáneamente llegaron las sillas también al entorno de prósperos comerciantes, donde la silla se asocia con la mesa. Con el ejercicio de la profesión ciudadana en la postura de asiento, el estar sentado logra una función profana. En un proceso que duró alrededor de 300 años: los ciudadanos lograron conseguir el derecho al asiento y fueron instalando paulatinamente el estar sentado, de tal manera que la silla alrededor de 1850 había alcanzado a las capas sociales más bajas. Fue

la Revolución Francesa la que suprimió el privilegio del asiento e hizo del derecho de silla un acto democrático fundamental. Con la producción de la primera silla fabricada en masa —la silla del café vienes— se envió la silla vienesa a todo el mundo como mensajera de un nuevo tipo humano: el *homo sedens*. Pero ¿en qué consiste el lado interior del estar sentado en sillas? Es una forma de tranquilidad y de complacencia interna. Ya el *sedere* romano significaba no únicamente *estar sentado/sentarse* sino esencialmente también *apaciguar*. El sufijo *sed* como en *siedeln* (asentarse), *sesshaft* (sedentario), *sedativ* (sedativo) y *sitzen* (estar sentado), pero también en *sillón* (Sessel) o *sedimento* (Sediment) es una fórmula básica para todo lo tranquilizante y *posado/puesto* (Gesetzte), y que delata su sentido fisiológico, para llegar a someter en una incomunicación a determinadas funciones corporales. La fuerza formadora del entronizar no solo tranquiliza y promueve la inmovilidad corporal, sino que transforma también la vida de a pie en una vida sobre posaderas. Todavía en el siglo XIX se decía: "el rey no tiene pies". La mayoría de los ritos del trono eran inflexibles. Los futuros soberanos podían ser martirizados en las vísperas de la entronización. Incluso durante su soberanía corrían una difícil suerte. Los soberanos asirios eran castigados por el modo de proceder

de sus súbditos, por lo que ellos disponían de reyes suplentes. Si un soberano era castigado, le seguía un suplente en el trono. En la Bengala del siglo xv era rey todo aquél que estuviera sentado en el trono, fuese quién fuese y como sea que hubiese llegado allí. De las tribus africanas se informa que era costumbre amarrar al rey al trono y arrastrarlo por los arbustos, o darle una patada al trono y mantener al rey en esa posición, con el trono caído. El sacrificio reside en esas distribuciones: la incomunicación debía ser útil para conservar a la stirpe y para que la tribu pudiera mantener la comunicación con el todo. Si fracasaba la fuerza del soberano en el aseguramiento de una buena cosecha, podía ser asesinado y silenciado sin más. Éste es un ejercitarse en el estar sentado. La drástica limitación de la comunicación humana con el entorno la encontramos en el colegio, donde el estar sentado debe defendernos de los estímulos que molestan al proceso de aprendizaje, hasta que el niño se oriente hacia el interior y pueda concentrarse sobre procesos racionales y controlar las emociones como alguna vez lo hicieran los reyes; el niño de clase media debe espiritualizarse y debe instruirse en las fuerzas de la abstracción. El rey estaba sentado sin una mesa. Y sin embargo, la mesa y la silla en conjunto han orientado el trabajo del hombre hacia un

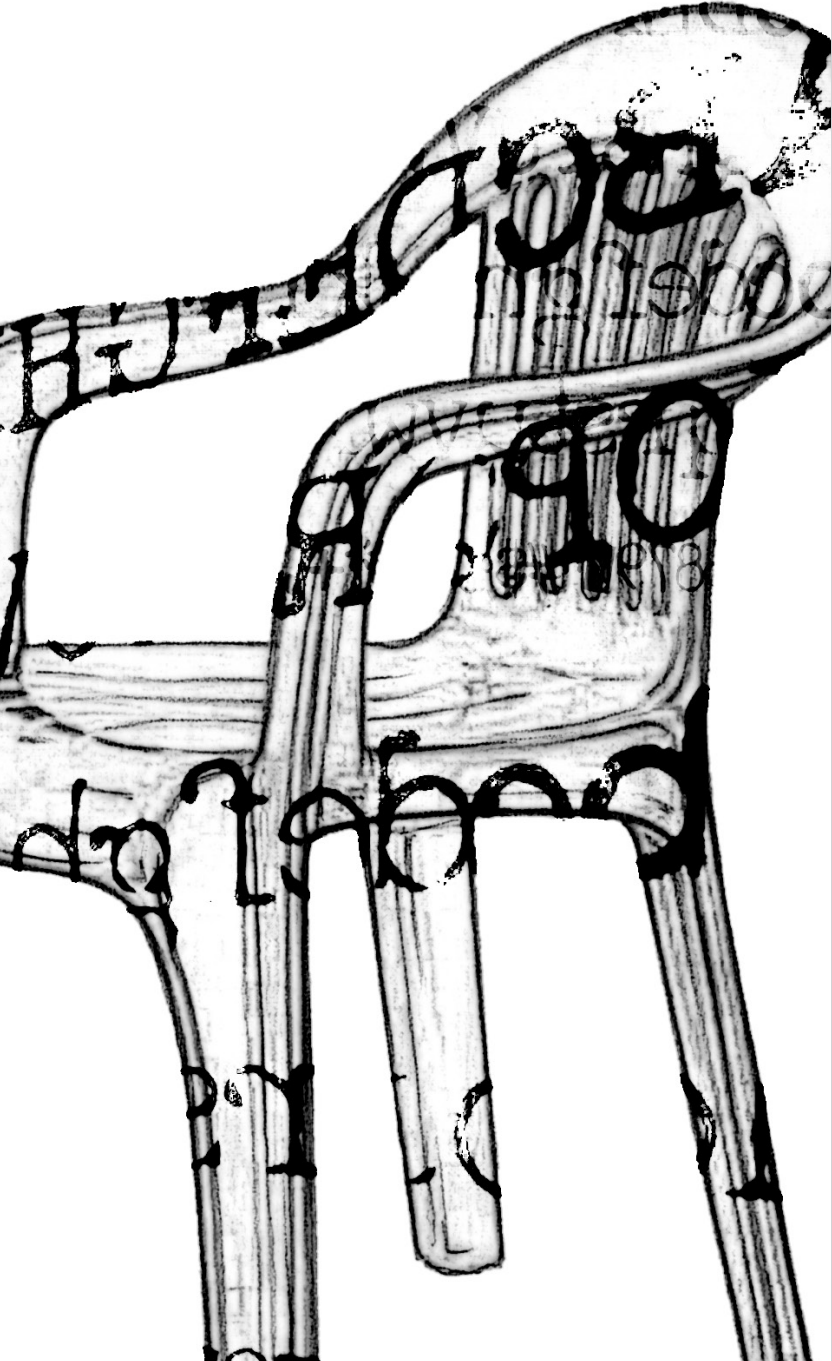
nivel inimaginable de productividad. La silla es la que ha deparado la riqueza material de Europa, diferenciado y especificado el espíritu de lo occidental, aunque al mismo tiempo ha vuelto quebrado su cuerpo y tornó su sentimiento esquivo. El efecto aparentemente tranquilizador del estar sentado reside en que, en el sentarse, la musculatura pierna-posadera se tensa y la pelvis se hunde hacia atrás, de modo que la silla pueda intervenir el cuerpo de dos maneras: por la respiración y por la musculatura. La postura sentada en ángulo recto causa una tensión de la musculatura completa del esqueleto, y esto reduce la actividad respiratoria. Ya que una escasa respiración tensa los músculos y los músculos tensionados reducen la actividad respiratoria, la respiración y la musculatura contribuyen a formar un circuito de tensión muscular y de reducción respiratoria hasta el punto en que la persona sentada logre el reposo con un mínimo nivel de energía y una mínima movilidad del cuerpo. En la posición de reposo del cuerpo y con la energía reducida se configuran las fuerzas de la contención, del control y del resentimiento con las cuales el hombre moderno ha instaurado su mundo espiritual. Solo que él puede conseguir su cualidad mental únicamente sobre la base de su incomunicación con el cuerpo. El individuo de clase media

de la sociedad sedentaria está sentado de un modo distinto que el rey. El rey meditaba sentado para la comunidad en una postura erguida y se hallaba sentado simbólicamente en el medio. En cambio, a los individuos burgueses les es indiferente dónde, cuánto tiempo y con quién se hallen ellos sentados. Ellos en tanto que asentados son sus propios reyes y puesto que están allí sentados para sí mismos y no para otros, les es a ellos indiferente cómo es que estén sentados: ellos se hallan sentados, apoyados y sin forma, acurrucados y sin fuerza. Hasta ahora el hombre de masas no ha convertido el estar sentado en algo particular y sublime, es decir, no hizo del sentarse un ritual dador de sentido y con una elevada irradiación estética y espiritual.

Así, llegamos al actual punto álgido del estar sentado masivo: la silla monobloc, la silla de plástico que pulula desde Europa en los cafés callejeros, restaurantes, salas de conciertos y cines al aire libre. Ella ha penetrado hasta en las regiones des-caminadas de los desiertos y de las altas montañas, de las nieves eternas y de los bosques, una silla de jardín hecha de plástico que cuesta tanto como dos panes. De las sillas monobloc a partir de 1990 se llegaron a producir anualmente casi mil millones de ejemplares. Es un mueble que entra al mundo en forma barata, liviana y amontonable, como signo

de la sociedad del asiento. El fomento de la comunicación es variado. El hombre educa su espíritu en el estar sentado, su cultura se expresa en invenciones, se muestra en las obras de arte, en la literatura y la ciencia, en el intento de escurrirse al circuito de la vida, del devorar y ser devorado, la habilidad de conducir la vida racionalmente, planificar largas empresas, controlar balances, retener lo administrado y poder realizarlo ordenadamente en los trabajos artesanales y científicos. Por otro lado (estaría) la formación múltiple de la incomunicación que se muestra en cuanto que restricciones, reducción y disminución. Espíritu, comportamiento, acción y sentimiento han sido recortados parcialmente de su contacto. Los accidentes en los discos de las vértebras muestran la rigidez y la inmovilidad de la espina dorsal cuando pierde el contacto con su función irrigadora, lo que hace que los filamentos se endurezcan y desgarren. La disminución de la movilidad erosiona la buena coordinación y lleva a la pérdida de la elegancia en el caminar y otros movimientos. La disminución de la respiración lleva a fatiga corporal y a labilidad psíquica. La pérdida en vitalidad de los sentidos lleva a déficits en el discurso social y político. La sensibilidad profunda y el órgano del equilibrio del oído comandan los sentidos y funciones corporales

de tal manera que muchos pueblos originarios de los cinco continentes poseen aún hoy un buen sentido de la orientación. Los condicionamientos del caminar disponen el tronco orgánicamente sobre los pies y lo colocan sobre las articulaciones de la rodilla y de las caderas y dotan a estos hombres con una espalda fuerte que puede balancear óptimamente la cabeza sobre la espina dorsal. Con todo, la incomunicación radical entre la suela del pie y el suelo, en el estar sentado, reduce la presión de la suela del pie sobre el suelo, en una medida tal que no permite que se forme ninguna buena coordinación que funcione. Los daños en la postura física se acompañan de un incidente en la postura espiritual y emocional. La importancia de la silla para una sociedad se puede reconocer en la cantidad; en el número de sillas pueden deducirse disposiciones corporales, espirituales y vivenciales, y también la medida de la incomunicación. En la sociedad contemporánea hay de tres a cuatro docenas de sillas a disposición de cada individuo. Las que están por doquier: en oficinas y en habitaciones, en los cines, escuelas y trenes, en los bares y los aeropuertos, en los estacionamientos y teatros, en los estadios deportivos y en los automóviles y esperan a ser ocupadas. Muchas sillas solitarias que cobija el mundo.



# La silla monobloc democratizar la práctica de sentarse

Por Carsten Kullman

**Carsten Kullman** (Magdeburgo, Alemania, 1987). Es especialista literatura inglesa y estudios culturales por la Universidad Otto-von-Guericke. Investiga literatura y representaciones sociales en las novelas de Harry Potter.

Quiero empezar con una exploración de la historia cultural de las sillas en general —una historia que se remonta a cultura posnómada desde la Edad Media y sigue hasta el período de la Ilustración y la Revolución Francesa— antes de pasar a la silla monobloc, un objeto vinculado de manera compleja a las prácticas de ese conglomerado amorfo que solemos llamar "pueblo". Para pensar esa silla, voy a seguir a autores como Roland Barthes, Michel Foucault, Michel de Certeau y John Fiske, con la intención de examinar cómo sus características únicas habilitan múltiples significados; tanto es así que puede ser apropiada para cualquier uso —inclusive como acto de resistencia— lo que la transforma

en un símbolo absolutamente democrático de la cultura popular.

No se puede hablar de sillas sin hablar antes de la práctica de sentarse. Las sillas son artefactos culturales que cobran sentido en relación con los humanos. Como señala la psicóloga Lisa Landsteiner, los humanos también pueden sentarse sin usar sillas, pero es difícil imaginar sillas sin pensar en sentarse en ellas. Sentarse es algo natural para los humanos: quien se sienta, deja de caminar o de estar de pie. Mientras que sentarse, por lo tanto, es una posición instintiva, las sillas están impregnadas de significado humano. En el fondo, crear un lugar artificial para sentarse separa a los humanos de otros animales. Además, su condición de artefacto cultural hace que las sillas no solo formen parte de prácticas culturales, sino también de prácticas políticas y sociales. A menudo, las sillas indican, ya sea por su posición espacial o por su diseño, estructuras de poder que definen la participación social mediante la inclusión o la exclusión de su ocupante. Por lo tanto, no solo es importante analizar el aspecto de una silla, sino también su posición en el entorno y en relación con otras sillas.

En consecuencia, las sillas hacen su entrada en la historia de la humanidad como medio de visualización de la exaltación mítica de dioses y diosas.

El historiador Hajo Eickhoff vincula la aparición de imágenes que representan deidades sentadas con el fin del nomadismo humano y el inicio concomitante del sedentarismo. La etimología de la propia palabra "sedentarismo" se remonta a la palabra latina *sedere*: sentarse.

Cuando las comunidades sedentarias empezaron a formar sociedades con estructuras jerárquicas, las sillas pasaron del plano metafísico al mundo físico: como las primeras sillas exaltaban a los seres superiores, los líderes de las comunidades se sentaban en sillas; fueron los primeros tronos. No estaban diseñados para que los líderes estén cómodos, sino para conectarlos con las llanuras espirituales de los dioses. Al trono, los líderes ocupaban una posición trascendental para la comunidad. Estas sillas sofisticadas, los tronos, estaban así imbuidos de un significado humano y culturalmente específico. Representaban la conexión con lo divino, y otorgaban a su ocupante un poder que lo diferenciaba de los demás miembros de la comunidad. El uso de tronos para enfatizar la jerarquía de un ser humano fue manifiesto en las cortes reales europeas hasta que se puso fin al predominio del absolutismo. Los estilos renacentista y barroco han conformado en su mayor parte la imaginería cultural de los tronos reales. En este ámbito dominan

los diseños franceses, ya que la corte de Luis XIV fue emulada en toda Europa en el siglo XVII. La creencia del Rey Sol en el derecho divino de los reyes —que señala que un monarca no está sujeto a ninguna autoridad terrenal, derivando su derecho a gobernar directamente de la voluntad de dios— fue lo que impulsó en primer lugar la aparición del tronos como una silla para gobernantes.

De manera inversa, el trono vacío es un poderoso símbolo de acefalia gubernamental; una vacante que representa la desorientación de las comunidades, la falta de liderazgo. De ahí que la vacante impulse en el pueblo la necesidad de ocuparla, y que muchas guerras de sucesión, guerras de tronos, se hayan convertido en el foco central de la ficción popular. "¿Está vacía la silla? ¿Está desenvainada la espada? / ¿Está muerto el rey? ¿Está vacío el imperio?", se pregunta, por ejemplo, Ricardo de Gloucester, el personaje epónimo de la tragedia de Shakespeare *Ricardo III*. Tratar de ocupar el trono —y, al sentarse en él, asumir el gobierno— es también la fuerza motriz de la trama de relatos de la cultura popular, como *Canción de hielo y fuego*, de George R. R. Martin, y la exitosa adaptación televisiva *Juego de tronos*. El símbolo del trono vacío también aparece en *El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien: cuando en el tercer volumen de la trilogía

Pippin y Gandalf llegan a Minas Tirith, la devastadora situación de Gondor se refleja en la ausencia del soberano en el trono:

En el otro extremo del salón, sobre un estrado precedido de muchos escalones, bajo un ornamento de mármol en forma de casco coronado, se alzaba un trono; detrás del trono, tallada en la pared y adornada de piedras preciosas, se veía la imagen de un árbol en flor. Pero el trono estaba vacío. Al pie del estrado, en el primer escalón, que era ancho y profundo, había un asiento de piedra, negro y sin adornos, y en él estaba sentado un anciano, con la cabeza gacha y la mirada fija en el regazo.

El trono y su ocupante se impregnaban mutuamente de significado, y reforzaban las nociones de poder, trascendencia y diferencia, construyendo una poderosa relación simbiótica.

Estas nociones simbólicas del trono pronto se trasladaron a otro de los dominios que configuraron la vida europea en los primeros siglos después de Cristo: la religión. Más concretamente el catolicismo. En las iglesias medievales, solo los altos dignatarios podían sentarse, mientras que los feligreses debían permanecer de pie o arrodillados. No

fue hasta finales de la Edad Media cuando se introdujeron bancos en las iglesias. Es significativo que los fieles dispusieran de bancos, no de sillas. En el interior de los templos, sentarse como individuos seguía siendo un privilegio clerical, del mismo modo que fuera de las iglesias las sillas individuales estaban reservadas a los miembros de la aristocracia. Las huellas etimológicas en el vocabulario católico-romano apuntan aún más a la importancia religiosa de sentarse: los asientos de los obispos reciben el nombre de "catedrales", que proviene del latín *cathedra*, que procede del griego *kathedra*, a su vez derivado de los dos componentes *kata*, 'sentarse', y *hedra*, 'abajo'. Además, la posición glorificada del Papa —tanto dentro de la Iglesia católica romana en general como entre los dignatarios eclesiásticos en particular— se verifica por el lugar que ocupa en la Santa Sede. Como señala Landsteiner, según el catolicismo romano tradicional, se considera que el Papa es infalible solo cuando habla *ex cathedra*, es decir, sentado en el trono de San Pedro. Como ya hemos mencionado, la noción simbólica de las sillas como asientos exaltados, o al menos diferenciados, para estratos privilegiados de la sociedad, permaneció relativamente inalterada durante toda la Edad Media. Incluso cuando la Reforma proclamó la igualdad de todos los

creyentes ante Dios e introdujo el derecho para los feligreses a sentarse durante el oficio, pero no instaló sillas en las iglesias, sino bancos. El cambio radical en el significado de las sillas se produjo con la revolución en Europa. La Revolución Francesa marcó el fin del absolutismo y, al menos durante un tiempo, la exaltación de los líderes individuales por encima de sus semejantes comunitarios. Con estos cambios radicales en las posiciones de poder —tanto seculares como clericales— las sillas también perdieron su noción predominante como símbolo de trascendencia, poder y distinción por medio de ese poder. Al igual que otros antiguos privilegios de la aristocracia y el clero, sentarse en una silla se volvió burgués.

Aunque la Revolución Francesa privó a la silla de su poder diferenciador y su rayo de trascendencia, sus influencias filosóficas le añadieron uno nuevo. En la Edad de la Razón, la silla se convirtió en un símbolo de disciplina. La Ilustración pretendía disciplinar el cuerpo humano para fortalecer la mente. El sujeto pensante se puso en el punto de mira y pensar y razonar se convirtieron en las propiedades humanas definitorias: *cogito ergo sum* —*pienso luego existo*— expresaba el dominio último de la mente sobre el cuerpo. ¿Y qué mejor lugar para pensar que una silla? Desde la Ilustración, se

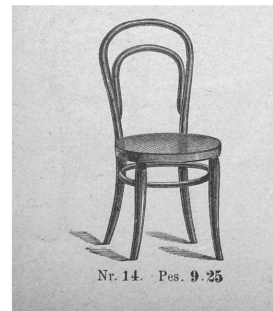
enseñó a generaciones de niños a sentarse y estar quietos, a disciplinar su mente y concentrarse en el trabajo intelectual. Mientras que las clases trabajadoras realizaban trabajos manuales en las fábricas, la silla se convirtió en el lugar de trabajo de la burguesía y, en cierta medida, lo sigue siendo.

En el siglo XIX, la Revolución Industrial acabó por apartar de la silla cualquier noción de elitismo que aún persistiera. Gracias al abaratamiento de los costos de fabricación, cada vez más gente podía permitirse tener sillas en su casa.

Sin embargo, la silla seguía siendo un significativo de disciplina también en innumerables comidas familiares, donde los niños tenían que aprender a disciplinar sus cuerpos. En esta época, la silla del café Vienés se convirtió en el epítome de las sillas. Libre de la historia aristocrática y burguesa, la "Wiener Sessel" de Michael Thonet fue galardonada con medallas en las ferias mundiales de Londres de 1851 y París de 1855 y se vendió por millones en todo el mundo. Su edición n° 14 de 1859 se sigue vendiendo hoy en día. En la capital austrohúngara, las sillas de madera curvada se convirtieron en símbolos de la célebre cultura del café. En los numerosos cafés de Viena, la gente se reunía, discutía de política, fundaba sociedades de lectura o jugaba al ajedrez. En pocas palabras: en las sillas de madera

curvada, la gente se sentaba, disciplinaba el cuerpo y se concentraba en actividades mentales.

Con la industrialización irreversible del siglo XX, los oficinistas se convirtieron en mayoría. Hoy en día, las sillas son omnipresentes y la cantidad de trabajo sedentario que realizamos requiere, aparentemente, la evolución infinita de la silla. Las sillas de oficina contemporáneas parecen más bien máquinas, con palancas y botones para dominar sus numerosas funciones. La silla, afirma el ambientalista Vybarr Cregan-Reid, es el símbolo personificado de nuestra era sedentaria. Gran parte de lo que hacemos es inimaginable sin algún tipo de silla: conducir, aprender, escribir, comer, gobernar, etc. La importancia de las sillas en la mayoría



Sillas n° 8 y n° 14, del catálogo de los Hermanos Thonet de 1888

de nuestros entornos de trabajo se refleja acertadamente en el hecho de que la silla más cómoda de cualquier edificio de oficinas está, por consentimiento tácito, reservada para el jefe, el presidente o la presidenta. Y, sin embargo, la más exitosa de todas, al menos en términos económicos, es una simple silla monocromática de plástico. La silla de café Vienesa vendió millones, la silla monobloc, billones. Gracias a sus bajos costos de fabricación, la silla monobloc es realmente una silla para todos y cierra el círculo de democratización de la silla iniciado por las revoluciones francesa e industrial.

La silla monobloc se fabrica a partir de una sola pieza de polipropileno, que se calienta a 220 grados Celsius y se moldea en menos de un minuto. Se fabrica en todo el mundo y puede encontrarse en los cinco continentes. Algunos la han definido como la silla más odiada del mundo, considerándola la encarnación de los muchos males de la globalización, que tiende a ahogar a las culturas locales en la uniformidad. Solo conozco ciudades alemanas, pero algunas, por razones estéticas, han prohibido oficialmente las monobloc en la vía pública. Otras, sin embargo, la han alabado por su durabilidad, su flexibilidad utilitaria y, obviamente, su asequebilidad. El académico estadounidense del M.I.T. Ethan Zuckerman comentaba en su blog: "Prácticamente

todos los objetos sugieren un tiempo y un lugar. La silla monobloc es uno de los pocos objetos que se me ocurren libres de cualquier contexto específico". Este estatus de la monobloc como "objeto libre de contexto" ha facilitado su ubicuidad y está determinado por ella. El diseño monocromático, que no tiene por qué ser blanco, pero que a menudo lo es, convierte a la silla monobloc en un lienzo en blanco, como dijo Jens Thiel, un recipiente vacío a la espera de ser llenado de significado. Según Thiel, la monobloc es como una remera blanca, un básico que combina con todo, ya sea la bajada a una playa, un jardín de Berlín del Este o las ruinas de Alepo dañadas por la guerra. Es el símbolo perfecto porque puede llenarse de cualquier significado. Y es precisamente esta pluralidad de significados lo que, además de la condición de mercancía de la silla, la hace totalmente democrática.

Si son posibles muchos significados, explica el semiólogo Roland Barthes recurriendo a la distinción de Ferdinand de Saussure entre significante y significado, los significados se negocian una y otra vez: los símbolos "implican, subyacente a sus significantes, una 'cadena flotante' de significados, pudiendo el lector elegir unos e ignorar otros". Los significados que se eligen y los que se ignoran dependen de la formación de cada lector

y del contexto de cada situación. La silla monobloc blanca es siempre el mismo símbolo, y sin embargo no siempre comunica los mismos significados. Como mencioné al principio, el significado de una silla depende de su entorno, como por ejemplo de su posición espacial. Si la silla monobloc se encuentra en el exterior de un café en la arena de una playa, está en un espacio público, invitando a los transeúntes a sentarse y tomar algo. En el contexto de un jardín, la misma silla blanca de plástico alude a las mismas nociones de ocio, aunque esta vez mucho más privadas. En cambio, las sillas monobloc frente a las ruinas de Alepo carecen de todo sentido del ocio. Están patas arriba, reflejando el estado de guerra de la ciudad y sugiriendo que así no es como se supone que debe ser. Al mismo tiempo, sin embargo, la silla parece intacta: podría volver a su posición vertical, a su estado "natural", proponiendo que la ciudad podría hacer lo mismo a pesar de los horrores de la guerra.

Michel de Certeau diferencia este proceso de lectura, de creación de sentido, del acto de descifrar. Mientras que leer significa aportar la propia cultura al objeto que se lee, descifrar denota el proceso de leer "el lenguaje de otro en los términos del otro". En este sentido, para de Certeau el desciframiento es el sometimiento al poder ajeno: "Su función es

someter al lector a la autoridad del texto de autor". Si el desciframiento se entiende como el sometimiento al poder hegemónico mediante la aceptación de significados preestablecidos, la lectura se convierte en un acto de resistencia.

de Certeau desarrolla su argumento en el contexto de la cultura de la vida cotidiana. Según él, leer objetos cotidianos es "el arte de arreglárselas... de hacer uso creativo y discriminatorio de los recursos que proporciona el capitalismo". Su argumento se convierte así en un argumento socioeconómico: leer los objetos cotidianos de forma distinta a la prevista por sus fabricantes (capitalistas) rechaza los significados hegemónicos, los transforma y, por eso, constituye un acto de resistencia que de Certeau sitúa en el centro de la cultura de la vida cotidiana o, como la han denominado otros estudiosos, de la "cultura popular".

El argumento de Roland Barthes ayuda a comprender cómo la silla monobloc facilita la negociación del significado. Si el significado se construye de forma diferente en determinados contextos y en determinados momentos por determinadas personas, la perfecta disposición simbólica de la monobloc se hace evidente. El hecho de que la silla esté hecha de una sola pieza, de un solo material y de un solo color, la hace ideal para crear y negociar

significados, para proyectar significados sobre la silla. En este sentido, se convierte realmente en un lienzo en blanco. Estos procesos de creación de significados dependen del contexto político y socioeconómico en el que se producen. Michel Foucault ha prestado a los estudios culturales el término "discurso" para describir y analizar la estructura que subyace a la producción de significados a través de determinadas prácticas influidas por su contexto histórico, político, social y económico específico.

Entre las "cadenas flotantes" de significados de la silla monobloc, en ese abanico de significados posibles, se encuentra la herencia cultural de las sillas. Por lo tanto, sentarse en una monobloc puede conllevar las mismas nociones discursivas de disciplina que se relacionaban de forma tan prominente con las sillas en el siglo XIX. No es raro, por poner otro ejemplo, que se utilicen las monobloc para ceremonias nupciales al aire libre, acomodándolas ordenadamente fila por fila. En este caso, la formación externa de las sillas comunica claramente el significado deseado, que es descifrado por los invitados de la boda, es decir, sentarse y no perturbar la ceremonia. La silla se convierte en el elemento de control, mediante el cual se ejerce un poder autoritario. A las personas que, por cualquier motivo, puedan negarse a seguir la petición

tácita se les suele pedir que, por favor, se sienten e, implícitamente, se rindan al poder discursivo que se expresa a través de la silla en ese momento. En esta situación, la noción disciplinaria de la monobloc es comunicada a través de su estatus utilitario como silla, que a su vez enlaza con los contextos históricos en los que las sillas eran utilizadas como herramienta disciplinaria, como en la escuela o en la mesa hogareña al momento de cenar. En este contexto específico de una boda, el discurso en este caso, el significado histórico se representa a través de la silla y se refuerza con ella. Se toma del pasado y se ancla en el momento concreto por y a través de las monobloc.

Quizá haya llegado el momento de reconocer brevemente que el contexto histórico de las sillas —y sus significados— surge de una perspectiva inherentemente occidental. Quienes investigan las sillas y las prácticas de sentarse han señalado que las culturas humanas se han dividido en culturas que se sientan en una silla y culturas que se sientan en el suelo, así como culturas que mezclan ambos enfoques. Mientras que las culturas orientales se inclinan predominantemente hacia las culturas de sentarse en el suelo, sentarse en sillas es una práctica moldeada por el Occidente global, especialmente Europa y el Norte de América. En

consecuencia, la monobloc también ha adquirido la noción de la cultura occidental de la mercantilización, y su proceso de producción de bajo costo facilita la amplia distribución de la silla. Unificando la historia cultural occidental de las sillas y los bajos costos, comprar una monobloc se ha convertido en una forma de participar en la cultura de consumo occidental en el Este y el Sur globales, a pesar de que las monobloc se fabrican en todo el mundo. La apropiación de la cultura de consumo occidental, sobre todo estadounidense, en otras partes del mundo es una forma de contradecir a sus propias autoridades, una forma de "arreglárselas", como decía de Certeau. John Fiske ha ampliado el concepto de de Certeau de apropiación cultural como "el arte de arreglárselas" identificando los procesos de creación de significado de la gente como una forma de resistencia a lo que Fiske denomina "el bloque de poder". En su línea de argumentación, estos procesos populares de creación de significados en su conjunto constituyen la "cultura popular":

A la cultura popular la hacen los pueblos subordinados por propio interés, a partir de recursos que también, contradictoriamente, sirven a los intereses económicos dominantes. La cultura popular se elabora desde adentro

y desde abajo, no se impone desde afuera o desde arriba, como pretenden los teóricos de la cultura de masas. Siempre hay un elemento de la cultura popular que queda fuera del control social, que escapa o se opone a las fuerzas hegemónicas. La cultura popular es siempre una cultura de conflicto, siempre implica la lucha por crear significados sociales que beneficien a los subordinados y que no sean los preferidos por la ideología dominante.

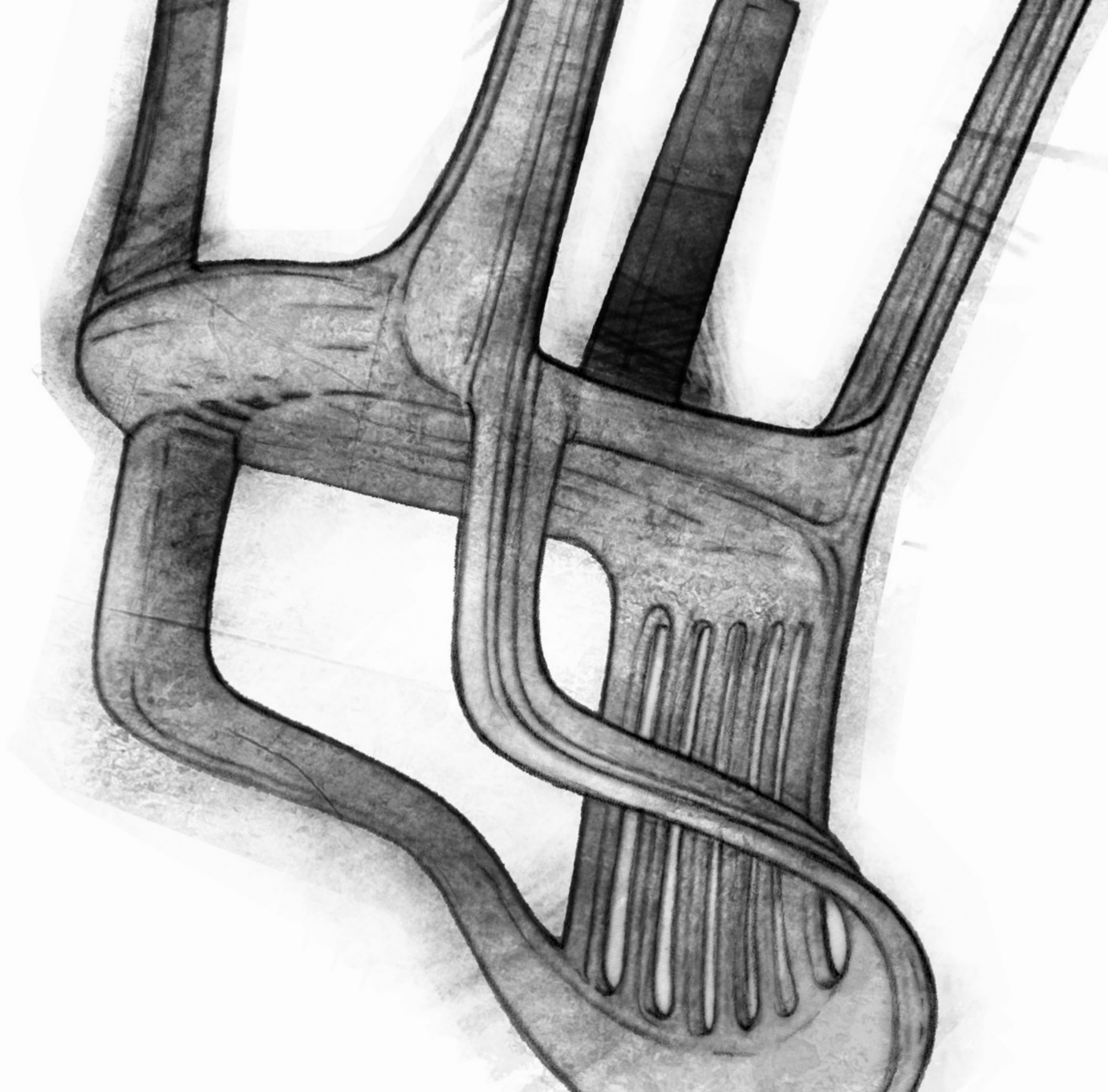
Por lo tanto, sentarse en una monobloc en regiones donde es costumbre sentarse en el suelo podría considerarse como una "macdonalización" más de la cultura global o, si uno se libera de tal posición sentenciosa, precisamente como un acto de resistencia que hace hincapié en la libertad individual de elección frente al control ideológico hegemónico.

Indudablemente, la monobloc puede situarse exactamente en el centro de esta lucha por el significado. La silla monobloc, en sí misma un artefacto humano, está inmersa en una complicada red de significados humanos que se negocian constantemente en diferentes contextos y momentos. Por un lado, la historización de las sillas nos ayuda a comprender las nociones de trascendencia, poder y diferencia del individuo, que dominaban en la

prehistoria y la Edad Media. Cuando la Revolución Francesa y la Revolución Industrial eliminaron el privilegio aristocrático y clerical de sentarse en sillas y proporcionaron los medios para fabricarlas a gran escala, adquirieron el significado de disciplinar el cuerpo durante el periodo de la Ilustración. Por otra parte, la forma monomaterial y sin uniones de la monobloc, y su color monocromo —a menudo blanco— facilitan su condición de "lienzo en blanco" en el que se puede "pintar" cualquier significado, por seguir con la metáfora. Así, la construcción del significado de la monobloc tiene lugar dentro de estos contextos socioeconómicos y políticos diacrónicos e históricos que evolucionan en torno a cuestiones de poder, control hegemónico a través de la disciplina y empoderamiento a través de la resistencia. El análisis de estos contextos y de los discursos que los rodean permite determinar con precisión qué significados de las monobloc, dentro de esta cadena de significantes que fluye sin cesar, anclan las distintas comunidades en diferentes momentos y en diferentes partes del mundo.

Si bien la monobloc puede ser portadora de las nociones disciplinarias que pertenecían a las sillas desde la época de la Ilustración, como en el ejemplo de la boda, su flexibilidad le permite asumir una larga serie de significados. Ofrece a las personas de

todo el mundo la oportunidad de crear su propio significado al utilizar la silla, liberando por completo el proceso de creación de significados. No es igual con otras sillas, que llevan en su seno un significante propio: pensar por ejemplo en una silla Brno es pensar en lujo, una Tulip de Ero Sarinen es un manifiesto moderno, no importa quién la mire, el futuro que inventó el siglo xx parece una silla Tulip. Quien mire una silla Cesca de Marcel Breuer verá a tradición en confluencia con lo contemporáneo. Y también verá lujo. Un sillón Luis xvii o una silla Yoruba hablan de ceremonias de distintos continentes. Y de pomposidad. En cambio cualquier lectura de la monobloc depende del contexto y el discurso que rodean su uso. El simple hecho de que pueda utilizarse, y por tanto leerse, en tantos contextos y discursos diferentes me lleva a pensar que esta silla es un símbolo democrático de la creación humana de significados. En última instancia, es el uso de las monobloc como un artefacto de resistencia, con potencia para ser apropiada de manera plural, lo que me lleva a sugerir que la monobloc puede considerarse como la democratización de la práctica de sentarse.



Para esta edición de 100 ejemplares hechos a mano se utilizó papel bookcel ahuesado de 80g. Las tapas de cartulina dúplex fueron serigrafiadas en el Barrio Hipódromo por Quito "Maravilla" Zarza. Los interiores se imprimieron en *La Nueva Mexicana*, sistema láser de apropiación del taller de FCE. Algunas traducciones llegaron desde Mar del Plata confeccionadas por la poeta Guille Romero. Las ilustraciones vinieron desde Lima, Perú, gentileza del artista plástico Luis Kimil Valle. Muchas de las correcciones ortotipográficas corrieron por cuenta de la tenista número un millón del ranking ATP Magui Quinteros. Las tipografías utilizadas son Montserrat para embellecer y Linux Libertine casi por obligación. El libro finalmente se ensambló en un cuartocho de la zona norte de La Plata, tarea fordista a cargo de nuestro robot doblador Mercedes Dietrich. Agrego el pertinente comentario de Lucio dM sobre las hojas de guarda: si no se ven es porque están camufladas.



